

tados en este número : estudiad siempre la voluntad de Dios , y conformad á ella vuestras obras.

Señor Jesus , dadnos á conocer esta voluntad : hacednos dóciles para seguirla ; y para no oponer nuestros errores á su palabra , ni nuestra independencia á sus designios. Nosotros llamamos á Dios nuestro Padre , os reconocemos por nuestro Xefe , y nos gloriamos de este doble motivo de nuestra dependencia. No nos desconozcáis en el día de vuestra justicia , y colmadnos de gloria y alegría para siempre. Así sea.

DOMINGO DE RAMOS.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS PHILIPENSES,
cap. 2. v. 5. II.

Hermanos : El mismo sentimiento haya en vosotros , que hubo tambien en Jesu-Christo : Que siendo en forma de Dios , no tuvo por usurpacion el ser él igual á Dios : Sino que se anonadó á sí mismo tomando forma de siervo , hecho á la semejanza de hombres , y hallado en la condicion como hombre. Se humilló á sí mismo , hecho obediente hasta la muerte , y muerte de Cruz. Por lo qual Dios tambien lo ensalzó , y le dió un nombre , que es sobre todo nombre : Para que al nombre de Jesus se doble toda rodilla de los que están en los Cielos , en la tierra , y en los infernos , y toda lengua confiese , que el Señor Jesu-Christo está en la gloria de Dios Padre.

INSTRUCCION.

Decir, hermanos míos, á un Christiano en otras circunstancias que las del día, que debe uniformar sus sentimientos con los de Jesu-Christo, sería una moral, que aunque opuesta á los deseos de la carne, y de la sangre, no causaría sin embargo la mayor sorpresa; pero escoger precisamente el momento de su sacrificio, y el tiempo en que con lúgubres solemnidades honramos sus tormentos y humillaciones: escoger este tiempo para imponernos la obligacion de compadecer sus dolores: dar á su pasion y su muerte no el tributo estéril de nuestra admiracion y sensibilidad, sino el de un corazon penitente, que tome parte en el sentimiento de compuncion, y en la detestacion universal de todas las ofensas hechas á la magestad del Padre: convertir, en fin, contra sí mismo el santo rigor que llevó á Jesu-Christo á vengar en su persona los pecados de todos los hombres: esto es, hermanos míos, lo que

apénas puede comprehender un Christiano carnal; pero que no obstante hace la materia del gran misterio que va la Iglesia á celebrar en estos días. Voy, pues, en una corta instruccion, ayudado de las palabras del Apóstol, á enseñaros á pasar santamente la semana mayor que empieza hoy la Iglesia. Oxalá que ella produzca el fruto que deseo.

La imitacion fiel de todas las virtudes de Jesu-Christo es la obligacion estrecha del Christiano. Su nombre solo debe servirle de un recuerdo continuo; pero esta imitacion no consiste en sujetarse exteriormente á las mismas acciones, á seguir los pasos que le han hecho dar la piedad, ó la caridad; sino á tener los mismos sentimientos que tuvo Jesu-Christo. Un Christiano debe estudiar quanto pueda para conocer este espíritu: su corazon debe llenarse de él por medio de la mas seria y detenida meditacion sobre los misterios de su vida mortal, y debe aplicarle, y acomodarle á todas las circunstancias en que lo pida su estado, ó lo exija la Religion. Entre todas las virtudes que adornaban el alma de Jesu-Christo, se

manifiesta mas exteriormente la de su humildad, humildad tanto mas profunda, como que reune en sí todo quanto hay de mas elevado, y mas abatido. Jesu-Christo es por esencia la Sabiduría increada, el Verbo, la palabra del Padre, Dios como él, uno con él, y participa de su naturaleza sin disminucion ni alteracion alguna. Por esto no tuvo por usurpacion el ser él igual á Dios: veamos ahora la parte que quiso tener en la humillacion. El Apóstol no dice simplemente que se humilló, que se abatió, y que se hizo inferior á todas las criaturas inanimadas. Estos modos de hablar pueden significar bien la humildad de un hombre, pero no bastan para dar á conocer el abatimiento de un Dios; y así el Apóstol se sirve del verbo anonadar, que es el mas expresivo para este caso. En efecto, reducirse un Dios á la nada, constituirse inferior á los seres mas despreciables por un exceso de su amor: tomar la forma de esclavo aquel de quien proviene la libertad: revestirse de una carne mortal el Autor mismo de la vida: hacerse hombre, y hombre pecador, aunque sin contraer la mancha del pecado; y fi-

nalmente, atraer sobre sí la cólera del Cielo para expiar los pecados del mundo: todo esto, hermanos míos, se contiene en la palabra del Apóstol, se anonadó.

La Iglesia nos va á presentar á Jesu-Christo como el hombre de dolor, el oprobrio de la naturaleza humana, como un gusano de la tierra, que nada conserva de la humanidad, y como un infeliz, á quien no le cabe otra herencia que el estar confundido con los malvados. Quando consideremos que este hombre, á quien atribuye la Escritura qualidades tan deshonrosas, es no obstante el esplendor del Padre, la imágen de su substancia, y el espejo de su Magestad, no exclamarémos llenos de admiracion: ¡Jesu-Christo se anonadó! ¿El orgullo puede despues de esto hacer tantos progresos, no digo entre los hijos de los hombres, sino entre Christianos, y en aquellos con especialidad que mas se precian de piedad y de virtud? ¿Hay alguna cosa de que podamos gloriarnos, teniendo á la vista este modelo? Si nos distinguimos del comun de los hombres por nuestro nacimiento, ¿tenemos acaso la dicha de

traer como Jesu-Christo nuestro origen del seno de Dios mismo? Enhorabuena que descendamos de la sangre de los Reyes; pero él es el Hijo de Dios según el espíritu, y el Hijo de David según la carne. Sin embargo todos estos títulos se borran hoy, atrayendo sobre sí los anatemas del pecado. Qué importa que nuestros distinguidos talentos nos hagan superiores á todos los hombres con quien tratamos; Jesu-Christo atraxo la multitud por la excelencia de su doctrina, y fixó la atención del pueblo por tan grandes y repetidos milagros; pero todo sin embargo se desconoce hoy, y se borra con el título que se le atribuye de impostor y de sedicioso. La abundancia de los bienes infla tambien nuestro corazón; pero Jesu-Christo dueño de la naturaleza entera, ha dispuesto de los elementos, mandó á la mar y calmó sus olas: bendixo la agua, y la cambió en un vino delicioso: el pan y los peces se multiplican entre sus manos: la salud y la vida salen de su boca como de un manantial fecundo, y todos estos recursos y ventajas se reducen hoy á un estado de desnudez, y á ver-

se coronado de espinas, bebiendo hiel y vinagre: se anonadó á sí mismo.

Hermanos míos, no nos queda otro camino para satisfacer nuestro amor propio, que el de la virtud. Jesu-Christo ha vivido una vida tan santa y tan irreprehensible, que á pesar de que sus enemigos estudiaban cuidadosamente sus acciones, no pudieron culparle de la mas ligera prevaricacion. El fué religioso observador de la ley de sus padres, y tierno y compasivo con los desgraciados: llevó las virtudes al mas alto grado de perfeccion; pero todas ellas se han obscurecido con la sentencia de muerte que se pronuncia hoy contra él: se anonadó á sí mismo.

La Iglesia despues de este anonadamiento nos quiere inspirar otra virtud con el exemplo de Jesu-Christo, y es la de una obediencia perfecta. En efecto, se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. El sacrificio de la voluntad propia sigue muy de cerca al del amor de sí mismo, porque hay union muy estrecha entre estas dos virtudes; y así el defecto de la una consiste en que la otra sea tan rara entre los Christianos.

¿Por qué se inquieta vuestro corazón, hermanos míos, con tanta frecuencia en las aflicciones que Dios os envía? ¿Por qué buscáis en la murmuración y en las imprecaciones el consuelo de vuestros trabajos? ¿Por qué teneis tanta repugnancia á conformaros con los designios de Dios, quando se digna manifestarlos tan claramente? ¿Por qué la teneis para imitar la conducta de aquellas personas que ha puesto por maestros y guías vuestras? Todos estos defectos no deben atribuirse á otra causa que al orgullo; pero instruiros á los pies de la cruz, ó por mejor decir, seguid á Jesu-Christo desde la infancia hasta la muerte, desde Bethleem al Calvario, y ved su obediencia en la exácta conformidad con los oráculos de los Profetas, en su dependencia de María y de Joseph, en su fidelidad á la ley, y su sujecion á los designios de su Padre. Ved su obediencia hasta la muerte en el deseo que manifiesta de ser bautizado en el bautismo de su sangre, en los pasos que da ácia Jerusalem; á esa ciudad que maltrata á sus Profetas, aunque conozca las cabalas que se forman contra él: ved en fin, su obe-

diencia en la aceptación del cáliz que le presenta su Padre; pero considerad sobre todo, que se ha hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: porque si la ignominia de la cruz añade mucho al mérito de su sacrificio, también entra por mucho en el precio de su obediencia. En efecto, Jesu-Christo ve de lejos esta cruz, y la anuncia á sus discípulos; la lleva con alegría; sube con ardor sobre el altar del sacrificio; espira en él, ocupado todo en su obediencia, y espera que este género de muerte haya consumado la víctima para anunciar la consumación de su sacrificio. ¿Pero cuál será, hermanos míos, el fruto de la obediencia y la humildad de Jesu-Christo? Dios, dice el Apóstol, le ensalzó por esto, y le dió un nombre que es sobre todo nombre; para que al nombre de Jesus se doble toda rodilla de los que están en los Cielos, en la tierra, y en los infiernos. En efecto, Jesu-Christo deberá á su anonadamiento las adoraciones profundas que damos á su santa humanidad, á su nombre adorable, y á los misterios de su vida mortal. El deberá á su obediencia nuestra sumisión; á su ley el res-

peto, á sus oráculos la confianza en sus promesas, la extension de su reyno y de su dominacion sobre la tierra, y la perpetuidad de su imperio sobre todos los corazones. Nosotros, hermanos míos, debemos contribuir con todas nuestras fuerzas á la extension de su reyno: honremos su humildad profunda con el olvido de nosotros mismos, y con el sacrificio continuo de nuestro amor propio: honremos su obediencia con nuestra fidelidad á la ley, y nuestra atencion en practicar sus máximas; y para que estos sentimientos nos penetren, como corresponde, corramos á los pies de la cruz. La Iglesia va á ofrecerla á nuestra adoracion en la ceremonia que precederá á la celebracion de los divinos misterios; y así, Christianos, aplicad el oido del corazon á las verdades que nos ofrece en esta augusta ceremonia.

Señor, hablad, que ya escuchan vuestros siervos: vos estais sobre la cátedra desde donde nos habeis dado las mas eficaces y persuasivas instrucciones: vuestra humildad me estimula y me estrecha para renunciarle á mí mismo; pero sin embargo mi inclinacion me

lleva siempre imperiosamente á la vanidad y al orgullo: vuestra obediencia grita para que someta mi voluntad, y yo siento la repugnancia mas fuerte para contradecir mis inclinaciones y mis gustos; pero vuestra sangre me está tambien diciendo que habeis vencido al mundo, y domado la carne: que habeis encadenado todas las fuerzas infernales, y que por rebelde que sea mi voluntad, puede ser el objeto de vuestros triunfos. Armaos, Señor, con todo el poder de vuestro brazo: reprimid mis malas inclinaciones: formad en mí dignos deseos; y haced que mi obediencia y humildad sean tambien dignas de recompensas eternas. Así sea.

EVANGÉLIO DE SAN MATHEO,
cap. 21. v. 1. 9.

En aquel tiempo: Quando se acercaron á Jerusalém, y llegaron á Bethphage al monte del Olivar: envió entónces Jesus á dos discipulos, diciéndoles: Id á esa aldea

que está enfrente de vosotros, y luego hallareis una asna atada, y un pollino con ella: desatadla, y traedme los: Y si alguno os dixere alguna cosa, respondedle que el Señor los ha menester: y luego los dexará. Y esto todo fué hecho, para que se cumpliese lo que habia dicho el Propheta, que dice: Decid á la hija de Sion: He aquí tu Rey viene manso para tí, sentado sobre una asna, y un pollino hijo de la que está baxo de yugo. Y fuéron los discípulos, é hicieron como les habia mandado Jesus. Y traxéron la asna, y el pollino: y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima. Y una grande multitud de pueblo tendió tambien sus ropas por el camino: y otros cortaban ramos de los árboles, y los tendian por el camino: Y las gentes que iban delante, y las que iban detras, gritaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David: bendito, el que viene en el nombre del Señor: Hosanna en las alturas.

INSTRUCCION.

¿Es posible, hermanos míos, que quando la Iglesia nos convida hoy al dolor y á las lágrimas, nos ocupemos y detengamos en el triunfo de Jesu-Christo? ¿Aplaudiremos esa muchedumbre de pueblo que tendia su ropa y los ramos de los árboles por el camino por donde pasaba el Salvador, entre tanto que vemos ocupada ya la sinagoga en su condenacion, en su suplicio y en su muerte? Mezclarémos nuestras voces con las gentes que iban delante y detras, diciendo: Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor: ¿mientras que oimos ya los clamores de un pueblo desenfrenado que pide se le crucifique? ¿En fin felicitaremos á la hija de Sion, de que viene á ella su Rey, lleno de dulzura, entretanto que Jesu-Christo viene á llorar sobre Jerusalem, sobre esa ciudad ingrata, que despues de maltratar á sus Profetas, quita la vida en una cruz al enviado de Dios en el instante mismo en que su ministerio y sus tra-

bajos exigen el mayor reconocimiento y el amor mas tierno?

¡Ah, hermanos míos! volvamos nuestra atencion sobre nosotros mismos: sigamos á la Iglesia en todos los misterios que nos representa: adoremos á Jesu-Christo en su triunfo para sentir mejor el exceso de sus amarguras y dolores: reconozcamos en la inconstancia de este pueblo, que casi en un instante pasa de la admiracion al olvido, de las alabanzas á las blasfemias; reconozcamos, digo, esa ligereza natural que por lo comun es el principio de todos nuestros desórdenes; y si nos vemos precisados á pasar rápidamente sobre verdades tan dignas de nuestra atencion, procuremos á lo ménos hacer de ellas en estos preciosos dias el objeto de nuestras meditaciones.

Jesu-Christo, hermanos míos, no perdió de vista ni un solo instante el objeto esencial de su mision. Ella no se limitaba á instruir, á curar, y á consolar á su pueblo, sino que miraba principalmente á la gloria de Dios, y al cumplimiento de su voluntad eterna. Por lo mismo cada una de las acciones de su vida estaba indicada con térmi-

nos tan precisos, que no dexaba la menor duda. A medida que se acercaba el fin del ministerio de Jesu-Christo, parecia que las profecías se multiplicaban y hacian mas sensibles; y la que va á cumplirse hoy, es una de aquellas que el Espíritu Santo habia notado con caracteres, que no era posible desconocer.

Se acercaba Jesus á Jerusalem, y llegando á Bethphage al monte del Olivar, envió entónces á dos de sus Discípulos diciéndoles: id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallareis una asna atada, y un pollino con ella: desatadla y traédme los. ¿Qual es la intencion de Jesu-Christo en este mandato? No es ciertamente la de evitar la fatiga del camino, pues que tan cerca estaba á Jerusalem el monte de las Olivas: no piensa tampoco procurarse los honores de un triunfo, porque siempre habia dado á entender el poco ó ningun cuidado que tenia de su propia gloria, y que estaba cerca el momento mas ignominioso de su vida: lo que pretende es dar á un pueblo incrédulo hasta entónces un testimonio sensible de la autoridad de su mision, dis-

poniéndole á entender profecías mas claras y expresas.

¿Podia por ventura ignorar este pueblo que leia continuamente los libros santos: que bendiciendo Jacob al quarto de sus hijos habia designado sensiblemente esta circunstancia quando dixo á Judá: te alabarán tus hermanos: tu mano en las cervices de tus enemigos, te adorarán los hijos de tu padre. Cachorro de leon, Judá: á la presa subiste, hijo mio: reposando te acostaste como leon, y como leona, ¿quién le despertará? No será quitado de Judá el cetro, y de su muslo el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la expectacion de las gentes. Atando á la viña su pollino, y á la vid, ó hijo mio, su asna? ¿Podia desconocer la aplicacion de estas palabras en las que Zacarias, el último de los Profetas, dirige á la hija de Sion, advirtiéndola que su Rey viene á ella lleno de dulzura y mansedumbre, sentado sobre una asna, y un pollino, hijo de la que está baxo de yugo? Jesu-Christo para instruir, pues, á este pueblo incrédulo, prepara él mismo en alguna manera los instrumentos

de su triunfo. ¿Pero qué impresion debe esperarse de una profecía, por mas clara que fuese, sobre un pueblo á quien no ha podido tocar y conmover los oráculos, los milagros y los beneficios? Una impresion pasagera es todo el fruto que espera recibir.

Jesu-Christo dando este mandato prevee las dificultades que podrian contener á sus discípulos. Si alguno os dixere alguna cosa, les dixo, respondedle: que el Señor los ha menester: y luego los dexará. Aquel Señor que conoce y dispone exclusivamente de los corazones, es á quien conviene dar esta seguridad; pero la da igualmente á todos los que envia y escoge para executores de su voluntad y Ministros de su palabra? ¡Ay de mí, hermanos míos, qué dulce y consolador sería nuestro ministerio, si siempre que os decimos: el Señor lo quiere, el Señor lo exige, el Señor lo ha menester, se nos escuchase con resignacion, con sumision y la disposicion conveniente para hacer un sacrificio pronto y generoso! ¡Pero cuán apurados nos vemos en muchas circunstancias para daros á conocer esta importante verdad! Si Dios, por exemplo, rompe los estre-

chos y legítimos lazos de dos esposos, dos hermanos, ó dos amigos con la muerte del uno, se siguen inmediatamente los lloros, los gemidos, las quejas mas indecentes, y las murmuraciones mas criminales: entónces empleamos los recursos que tiene la religion para estos casos, y decimos al doliente que adore la voluntad de Dios; que se conforme con ella, porque sin duda le conviene aquel trabajo, y que debe respetar mucho los altos designios y juicios de Dios. ¿Pero corresponde siempre el fruto? ¿No se oyen algunas veces estas palabras con impaciencia? ¿no se desechan con desprecio? ¿El sacrificio forzado que se hace de un objeto que no se ha podido conservar, no se profana á los ojos de Dios con llantos continuos, con quejas amargas?

Jesu-Christo mismo hace la aplicación de la profecía que acabamos de citaros: decid á la hija de Sion: he aquí tu Rey, viene manso para tí. ¿Y por qué causa, hermanos míos, no dice Jesu-Christo á esta Ciudad criminal: he aquí tu Juez, que viene lleno de indignacion y de cólera? ¿No es cierto que venia para entregarse á la

envidia y al furor de la sinagoga, y empezar el misterio del endurecimiento de este Pueblo? ¡Ah, hermanos míos! el título de que Jesu-Christo se muestra siempre mas zeloso, es de el de Príncipe de la Paz: éste es el que conviene á la naturaleza de su mision, y á las disposiciones de su corazon: éste es el título que mas ama, y del qual se despoja siempre con sentimiento. Los Profetas que mas han hablado de su Reyno, le han representado siempre baxo de este carácter, y la Iglesia nos le anuncia tambien baxo el mismo nombre en estos dias en que se abre su mesa para todos. A los justos y á los pecadores les habla de la misma manera; pero cuidado, que aunque diga igualmente á todos, he aquí vuestro Rey, que viene lleno de dulzura, de clemencia y de bondad; su intencion no es de que concurran á su mesa aquellos que conservan todavía sus pasiones antiguas, sus malos hábitos y afectos pecaminosos. Miéntras perseveren en este estado, Jesu-Christo no es su Rey; y si acaso conserva para ellos este título, es para vengarse de sus sacrilegios con mas poder y severidad: sus

pasos entonces no son pacíficos, y no penetra su corazon sino para grabar en él la sentencia de su muerte. Esta profecía se dirige solamente á las almas fieles que conservan su pureza en todo su esplendor, ó que han lavado sus manchas en las lágrimas de una verdadera penitencia. Si, almas fieles; vosotras le habeis preparado con vuestra vigilancia, vuestra penitencia y oraciones un lugar digno de su Magestad, y un trono donde puede reynar con decoro: vuestro Rey viene á tomar la posesion de él. ¡Qué paz y qué consuelo para una alma á quien la gracia le da el poder de conservarle!

Los Discípulos executan las órdenes de su Maestro con toda seguridad, porque no temen ningun obstáculo, y traxeron la asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima. San Gerónimo presume que le sentaron sobre el pollino, y otros Comentadores son de opinion, que le pusieron sucesivamente ya en uno, ya en otro. Estas dos explicaciones suministran igual inteligencia al misterio contenido en la profecía y en la conducta de Jesu-Christo. No nos aver-

gongernos, Christianos, de reconocerlos, segun todos los Padres, en este pollino de la asna, que todavía no se ha sometido al yugo, y que Jesu-Christo quiere domar hoy. No envidiemos la dicha del Pueblo Judío, designada en la asna desechada, aunque haya sido sometida al yugo mas pesado, y temamos sobre todo el conservar todavía algun tanto de ese carácter indócil, á quien solo puede reducir y fixar la gracia de Jesu-Christo: es decir, seamos sensibles á nuestra vocacion; constituyámonos en la obligacion de corresponder á ella; y pues que hemos sido substituidos al Pueblo Judío, temamos que se nos deseche por nuestros pecados é ingraticudes.

Una grande multitud seguia á Jesu-Christo, quando los Apóstoles le sentaron sobre el pollino que habia escogido. Entónces se sienten conmovidos, se despojan de sus ropas, las tienden por el suelo, cortan las ramas de los árboles, y las arrojan por el camino, nadie se opone á su zelo, y todos concurren á su triunfo. Pero estos vestidos tendidos, estas ramas cortadas, echadas en el camino á los pies de Je-

su-Christo, ¿no tienen ningun misterio? ¿No anuncian disposiciones de otro género en un triunfo de muy distinta naturaleza? ¿No son figuras de las virtudes que se han de adquirir, y de las pasiones que se han de cortar, antes de presentarse á su vista, y de recibirle en la mesa? Hermanos míos, en estos días hay muchos Christianos que piensan tener un derecho á la Pascua, porque han suspendido por algun tiempo sus desórdenes; ¿pero qué es lo que han echado á los pies de Jesu-Christo? ¿Qué pasiones han arrancado enteramente de su corazon? Si tuviésemos la desgraciada condescendencia de ceder á su importunidad, ¿no tendríamos el dolor de verlos tomar otra vez los vestidos de que al parecer se despojaban? Si la conducta de este Pueblo es admirable, no lo es ménos el modo de explicarse: todos, así los que iban delante como los que iban detras, gritaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David. Ya no es el Hijo de Josef, de ese Artesano, conocido solamente en el Pueblo por la baxeza de su extracción; ya no es el Hijo del hombre, que no tenía donde reclinár su cabeza; es

el Hijo del mayor de los Reyes de Judá, y del mas distinguido de entre los Profetas; un Hijo á quien David llama su Señor, cuyo Reyno habia predicho, y cuya gloria tenia figurada. Este es el que viene á disipar el oprobrio de su Pueblo, á restituírle la libertad, y á restablecerle en sus derechos. Muy justo es, por tanto, que se le hagan los homenages debidos. Bendito sea, dicen, el que viene en el nombre del Señor. ¡Qué importante fuera para este Pueblo el comprehender bien el sentido de estas palabras que la verdad arranca de sus bocas! Jesu-Christo, teniendo sin duda presente esta circunstancia, decia pocos dias hace llorando sobre Jerusalem: ah, si á lo ménos en este instante que te se ha dado reconocieses á quien puede procurarte la paz; pero ahora estas cosas estan ocultas á tus ojos. Ellos bendicen al que se carga de las maldiciones; ellos le miran como el enviado del Señor; pero bien pronto le tratarán como un impostor.

Nosotros, hermanos míos, procuraremos no desconocerle. En qualquiera circunstancia de su vida que se nos presente digamos siempre: bendito sea el

que viene en el nombre del Señor; ya venga cargado con la ignominia de su cruz, ó revestido de todo el esplendor de su magestad y de su gloria, porque en qualquiera de estos estados es digno de nuestra confianza y de nuestros respetos. Pero permitidme, hermanos míos, que por un instante pierda de vista su triunfo, para considerarle con vosotros en medio de los oprobrios de su pasión. Representaos al hombre de dolor, extenuado con las fatigas de una vida laboriosa y penosa hasta lo sumo, reducido por el temor del suplicio, y los horrores de la agonía al estado de un hombre espirante, vendido por su Discípulo, abandonado de los suyos, llevado por sus enemigos delante de los tribunales, y de una sinagoga, á quien la envidia y el furor dictan las sentencias; entregado por la cobarde condescendencia de un Juez mercenario á los feroces insultos de los soldados, gimiendo baxo los golpes, extenuado por los tormentos, atado con insolencia al infame instrumento de su suplicio, blasfemado, despreciado, cayendo baxo el peso de su cruz, bebiendo hiel y vinagre, dando en fin

con un grande grito los últimos suspiros de una vida, cuyos instantes habian sido consagrados á las humillaciones y á los tormentos. He aquí el que viene en el nombre del Señor. ¿Le reconoceis, hermanos míos, por esta pintura? ¿Os parece digno en este estado de vuestras bendiciones y adoraciones?

Sí, Señor Jesus, yo os adoro sobre vuestra cruz. ¿Pudiera por ventura desconoceros en una situación tan interesante para mi salvacion? Yo deseo con ardor estudiaros en este estado; y en adelante no quiero adquirir con vuestro Apóstol otra ciencia que la de vuestra cruz. Todos mis conocimientos, mis estudios, mis investigaciones las he de referir á esta ciencia. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, á enseñarme con su exemplo á llevar mi cruz en los días de mi vida; á vencer con la cruz los enemigos de mi salvacion; á reynar por la cruz sobre mí mismo en el tiempo, y con él durante la eternidad. Así sea.